

PABLO JACOBO

UN HOMBRE Y SU MONSTRUO

Un hombre y su monstruo

Pablo Jacobo

*To those who complete this extraordinary act of magic, there at the
other end of the broken shackles of time.*

Un hombre y su monstruo

El viento no paraba nunca.

Soplaba sobre la llanura con una constancia que, durante las primeras semanas, lo enloqueció. Era un rumor grave, continuo, que hacía vibrar las junturas del módulo habitacional y cubría el mundo entero con un zumbido monótono que parecía emanar del suelo mismo. Al principio, Lucio Medina se tapaba los oídos con las manos, se ponía música a todo volumen, se encerraba en el baño —el único lugar donde las paredes eran lo suficientemente gruesas como para amortiguarlo—, pero era inútil. El viento estaba en todas partes.

Después, dejó de oírlo.

No porque hubiera cesado, sino porque su cerebro, en un acto de piedad, finalmente se decidió a archivarlo como un mero ruido de fondo. Y, al cabo de un tiempo, en esos raros momentos en los que, por alguna razón, volvía a percibirlo, aquel viento le terminó resultando confortante.

Después de todo, era lo único en aquel mundo parecido a una compañía.

El planeta no tenía nombre todavía. Le correspondía a él, como evaluador, sugerir uno en su informe final, pero cada vez que pensaba en alguno terminaba descartándolo. Se sentía incómodo bautizando un lugar que no acababa de entender. En la jerga de la agencia, era sólo un código: Potencial K-L-7, un mundo de tamaño similar al de la Tierra con oxígeno, agua dulce, y una vegetación azulada que cubría las llanuras hasta donde alcanzaba la vista. No se habían detectado

formas complejas de vida animal, y las bacterias locales eran inocuas para el organismo humano. Un buen candidato. El clima era templado, la gravedad tolerable, y el suelo, fértil. Si los análisis daban bien, dentro de un par de siglos habría gente viviendo allí.

Pero, por ahora, Lucio estaba solo.

No era algo que le pesara de manera insoportable. Se había ofrecido para el puesto sabiendo que la asignación duraba cinco años, y que la comunicación con la Tierra tenía un desfase de meses. Había dejado poco atrás: un departamento alquilado en Mendoza, un puñado de amigos a los que veía cada vez menos, y una inconclusa carrera académica que nunca había terminado de despertar su interés. Cuando le preguntaron, durante la entrevista de selección, si la soledad podía ser un problema, respondió que no con tanta seguridad que la psicóloga frunció el ceño.

—La gente que dice que no le afecta la soledad —le había dicho la mujer— suele ser la que peor la pasa.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que lo vamos a averiguar —dijo.

•

Las luces aparecieron la noche del día doscientos cuarenta y uno.

Se despertó porque la habitación estaba bañada de un resplandor verdoso que pulsaba con ritmo lento, como una respiración. Salió del módulo y se quedó mirando el cielo con la boca abierta. Cortinas de luz verde y violeta ondulaban de horizonte a horizonte, atravesadas por latigazos blancos que se ramificaban y morían en silencio. El viento, por una vez, se había calmado, y el espectáculo se desenvolvía en una quietud que lo hacía aún más sobrecogedor.

Duraron tres horas. Lucio no dejó de mirarlas durante todo ese rato, ahí sentado en el barro, con el cuello doblado hacia atrás.

A la mañana siguiente no podía mover el cuello, pero ese era el menor de sus problemas.

La terminal de comunicaciones estaba muerta.

La sonda interestelar que tenía lista para enviar su próximo informe no respondía. Los satélites en órbita no emitían señal alguna. Desesperado, revisó cada sistema del módulo habitacional, pero descubrió que los paneles solares funcionaban, que la energía era estable, y que los equipos de medición y el soporte vital no habían sufrido daños. Sólo habían muerto los aparatos que estaban en órbita.

«Una tormenta solar», escribió en su diario. «O algo equivalente, supongo que podría decirle “tormenta estelar”, o “tormenta mabeleana”, si finalmente decido llamar a la estrella en el centro de este sistema “Mabel”. Evidentemente, la magnetósfera de este planeta es demasiado débil. Las auroras de anoche seguramente se debieron a una descarga de partículas cargadas que fundieron los componentes electrónicos de los satélites y de las sondas. Es genial. Todo lo que estaba en órbita, está frito. Yo también.»

Cerró la terminal y se quedó mirando la pared.

No había forma de reparar los satélites. No había forma de fabricar una nueva sonda. No había forma de decirle a nadie que seguía vivo. Su último informe había salido hacía cuatro meses; tardaría otros cinco en llegar a destino, y la respuesta, otros tantos. Pero eso ya no importaba, porque aunque la Tierra le contestara, él no iba a poder recibir el mensaje.

Lo único que podía hacer era esperar. Esperar a que, en algún momento, alguien del otro lado notara que los informes habían dejado de llegar, y enviara a alguien a ver qué pasaba.

Pero sabía, con una certeza que le apretaba el estómago, que había cientos de miles de evaluadores diseminados por la galaxia. Cientos de miles de puestos, de informes, de expedientes. La posibilidad de que el suyo se traspapelara, de que nadie lo revisara, de que su caso se perdiera en algún recodo burocrático del que nunca saliera, era enorme.

Las primeras semanas después del apagón fueron las peores de su vida.

No podía dormir. Comía mal. El viento, que había vuelto con su constancia de siempre, ahora no le parecía una compañía, sino una burla. Se descubrió hablando solo. Después, gritándole a las paredes. Después, sentado en el piso del baño, llorando como no lo había hecho desde los ocho años, cuando se le murió su perro.

Pero la angustia, como todo, finalmente pasó. Una mañana se levantó, se lavó la cara, y se dijo que podía vivir ahí, o podía morirse, y que morirse le parecía una opción cobarde. Plantó los porotos que había traído —como no le gustaban, hasta ese momento no se había molestado por hacerlo—, amplió la huerta, reparó un panel del cobertizo que el viento había soltado, y se obligó a seguir con su rutina de mediciones como si alguien fuera a leer algún día esos datos.

No se le ocurrió ninguna otra cosa para hacer, que fingir demencia, y seguir adelante.

•

Encontró la cueva al día cuatrocientos diecinueve.

Estaba explorando una loma baja, a unos dos kilómetros del módulo, cuando vio la abertura. Era una boca oscura, de unos tres metros de ancho y poco más de dos de alto, medio oculta por la vegetación azulada que le caía encima como una cortina. El viento, al pasar por la entrada, producía un silbido grave que Lucio confundió al principio con el zumbido habitual de la llanura.

Se acercó, pero no entró. Iluminó el interior con la linterna del casco y vio que la caverna se extendía hacia abajo en una pendiente suave. Las paredes eran lisas, como pulidas por el agua, y el suelo estaba cubierto de un sedimento fino que nadie había pisado en mucho tiempo.

O quizás nunca.

Le tomó tres días juntar coraje para entrar. Lo detuvo la oscuridad: un tipo de oscuridad distinta a la del exterior, más densa, más definitiva. El viento no entraba más allá de los primeros metros, y el silencio que lo reemplazaba era tan absoluto que resultaba físicamente opresivo, como si el aire mismo tuviera peso.

Finalmente, la cuarta mañana, se internó con la linterna en una mano y un pico en la otra. Avanzó unos veinte metros por la pendiente. La caverna se comunicaba con una cámara amplia de piedra, de techo altísimo. Olía a mineral húmedo, a tierra vieja. El lugar le hizo acordar a la catedral de La Plata, que había visitado una sola vez, de adolescente, cuando viajó a aquella ciudad a visitar a una novia que ya lo había dejado sin que él se enterara.

Y entonces lo vio.

La criatura estaba agazapada contra la pared del fondo, tan inmóvil y del mismo color que la roca que Lucio tardó varios segundos en distinguirla del entorno. Medía más de tres metros de largo. Su cuerpo

era ancho y macizo, sostenido por seis extremidades gruesas como troncos que terminaban en unas almohadillas planas y oscuras. La piel tenía la textura y el tono de la piedra mojada: gris, irregular, surcada por estrías que podían ser venas o grietas. No tenía cabeza propiamente dicha; el cuerpo se curvaba hacia arriba en su parte delantera, formando una especie de joroba en la que se agrupaban seis ojos diminutos, negros como pozos.

No tenía boca visible.

Lucio dejó caer el pico. El estruendo del metal contra la roca resonó en la caverna y la criatura se movió. No se lanzó sobre él: se erguía lentamente sobre sus patas, desplegándose, y cuando alcanzó su altura completa, la joroba rozó el techo. Los seis ojos apuntaron en su dirección.

Lucio retrocedió hasta sentir la pared en la espalda. Su cuerpo le pedía correr, pero algo en la quietud de la criatura lo detuvo. No se había abalanzado. No había emitido ningún sonido. Simplemente se había puesto de pie, como un animal que defiende su territorio haciendo ver su tamaño.

Y era enorme.

La criatura avanzó dos pasos hacia él. Lucio sintió que el suelo vibraba. Una de las patas delanteras golpeó la roca con fuerza y el impacto le recorrió los huesos. No era una embestida: era una advertencia. Algo que le decía, sin necesidad de palabras, que se tenía que ir de ahí en ese instante.

Lucio entendió. Salió de la cueva caminando hacia atrás, sin apartar la vista de los seis puntos negros que lo seguían desde la penumbra, y cuando sintió el viento en la nuca supo que estaba afuera. Corrió hasta el módulo. Se encerró. Se sentó en el piso, y se quedó ahí, con

el corazón saltando en el pecho, tratando de entender qué acababa de pasar.

Se suponía que no había animales en Potencial K-L-7. Los sensores orbitales no habían detectado nada. Pero suponía el por qué: con aquella gruesa capa exterior similar a un caparazón, la temperatura corporal de la criatura, medida a la distancia, debía ser, prácticamente, idéntica a la del entorno. Además, su coraza era visualmente indistinguible de una roca. Para un satélite, era invisible.

Esa noche, en su diario, escribió seis palabras: «Hay algo más en este planeta».

No había nadie a quien enviárselas.

•

A partir de entonces, la criatura empezó a dejarse ver fuera de la cueva.

Aparecía en la llanura, siempre a distancia, con esa calma imponente que tenían las cosas muy grandes y muy antiguas. Nunca se aproximaba a menos de cincuenta metros del módulo. Nunca hacía ningún gesto que pudiera interpretarse como amenazante. Se quedaba ahí, inmensa y oscura, como un accidente geológico que hubiera cobrado vida, y después se iba.

Lucio la observaba desde la ventana. Le apuntó con los sensores térmicos y supo que su intuición había sido correcta: medía apenas un grado por encima del ambiente. Registró los patrones de aparición, y descubrió que no había ninguno: parecía que iba y venía cuando se le daba la gana.

Necesitaba un nombre para referirse a ella en sus notas. Asumió, sin demasiado fundamento, que era macho. Le parecía que había algo masculino en esa parsimonia, en esa corpulencia pétreo, aunque sabía

que, científicamente, proyectar categorías humanas sobre un organismo alienígena era un disparate.

Le puso Pedro.

«Pedro apareció a las 14:30, permaneció inmóvil durante cuarenta minutos, y se retiró en dirección noroeste», anotó. «No reacciona a estímulos auditivos. No emite sonidos. Comportamiento compatible con un animal de metabolismo lento, posiblemente litófago.»

Un par de meses después, la criatura ya era Peter, pero ese mote no le duró mucho: el día en que la criatura se le acercó por primera vez a menos de diez metros y se quedó ahí, mirándolo con sus seis ojos negros mientras él tomaba mate sentado sobre una roca, Lucio le dijo:

—¿Qué mirás, Pepe?

Pepe no dijo nada, pero ahí se quedó, inmóvil como una piedra, mirándolo.

—En realidad, Pepe está mal —dijo Lucio, fingiendo que al inofensivo monstruo le importaba la explicación—. A los José se les dice Pepe. Viene de Pater Putativus, porque San José era el padre putativo de Jesús. No, no te voy a explicar quién es Jesús, no me pienso ni meter en ese tema.

Hizo silencio. Pepe no reaccionó. Al cabo de un rato, Lucio comentó, como al pasar:

—Te daría un mate, pero está caliente.

•

Al cumplirse la primera década, Lucio Medina tenía cincuenta y tres años, una barba espesa y canosa, y la firme convicción de que no iba a volver a la Tierra.

Nadie había venido. Nadie iba a venir.

No le importó tanto como hubiera esperado.

Tenía su huerta, un pequeño rectángulo de tierra al lado del módulo donde cultivaba tomates, lechugas y unos porotos que crecían salvajemente en aquel suelo. Tenía sus libros, una biblioteca digital de veinte mil títulos que iba leyendo sin orden ni concierto. Tenía la llanura, el arroyo, los atardeceres largos en los que el cielo se incendiaba en tonos de cobre mientras el viento arrastraba las nubes como si alguien las peinara. Algunas noches, tenía las auroras.

Y todos los días, lo tenía a Pepe.

Sin falta, cada una de las mañanas, cuando Lucio salía a tomar el primer mate, ahí estaba, agazapado a una distancia que se acertaba imperceptiblemente año tras año. A veces se quedaba minutos. A veces, todo el día. Lucio le hablaba, no porque creyera que lo entendía, sino porque necesitaba escuchar una voz, aunque fuera la propia.

Le contaba cualquier cosa. Le describía el clima en Mendoza, le explicaba cómo se hacía un buen asado, le hablaba de ese perro que había tenido de chico. A veces, cuando estaba de buen humor, le cantaba. No cantaba bien, pero a Pepe no parecía importarle.

Un día descubrió, junto a la puerta del módulo, una piedra. Era perfectamente redonda, del tamaño de un puño, y tenía un brillo azulado que no había visto en ninguna otra roca del planeta.

—¿Esto lo dejaste vos? —le preguntó a Pepe, mostrándole la piedra. Seis ojos negros lo miraron sin expresión.

«A veces los pájaros dejan objetos brillantes como regalo. Los gatos te pueden traer cabezas de ratones, o incluso ratas vivas», escribió en su diario. «No implica inteligencia. Pueden ser comportamientos instintivos, o simple acumulación. No hay razón para inferir nada más. Sin embargo...»

Cerró la terminal. Lo que quería escribir sonaba delirante. Los delirios de una persona que por única compañía tenía a una piedra ambulante, a la que le quería atribuir una inteligencia que quizás no existía.

Al mes siguiente, encontró otra piedra similar. Y después, otra más. En un año, tenía diecisiete, ordenadas por tamaño sobre el estante del módulo.

Una tarde, estaba agachado trabajando en la huerta cuando escuchó un crujido a sus espaldas. Se dio vuelta y encontró a Pepe con una de sus enormes patas delanteras metida entre las plantas de tomates, hundida hasta la almohadilla en la tierra.

—Pepe, las únicas tres cosas que planto en este planeta ¿y me venís a pisar justo los tomates? ¿No te la podés agarrar con los porotos?

El monstruo retiró la pata lentamente. Su complexión rígida y rocosa no transmitía emociones, pero aún así Lucio creyó descubrir en el gesto algún signo de culpa. Un terrón de tierra del tamaño de una pelota de fútbol le quedó pegado a la almohadilla. Pepe lo sacudió. El terrón salió volando y le pegó a Lucio en pleno pecho y lo sentó.

Pepe retrocedió con una agilidad que Lucio nunca hubiera creído posible, como si se horrorizara de lo que hizo, y entonces el hombre no pudo más. Se empezó a reír. La carcajada brotó, espontánea y estruendosa. Pepe volvió a retroceder rápidamente —en medio de la risa, Lucio no pudo dejar de notar, con cierto temor, esa agilidad casi felina, hasta entonces insospechada— y no se detuvo hasta ubicarse detrás del módulo, con la cabeza gacha. Lucio comprendió que estaba tratando de esconderse detrás de algo que tenía la mitad de su tamaño y la imagen le resultó tan ridícula que le provocó otro ataque de risa.

Durante días y semanas después de ello, cada tanto Lucio se acordaba de esa imagen y empezaba otra vez a reírse solo, como un loco, hasta que se le caían las lágrimas.

•

Con los años, la distancia entre ellos se fue achicando de manera gradual. Hasta que un día, Lucio se animó a apoyar la mano sobre la piel de Pepe y éste no se apartó. La textura era más cálida y más suave de lo que aparentaba: no era piedra, era algo parecido al cuero curtido, y cedía al tacto como la superficie tensa de un tambor.

Lucio le leía en voz alta. Empezó con artículos científicos, porque era lo que tenía a mano. Siguió con novelas. Después pasó a la poesía.

Un día, les tocó al azar un poema de Miguel Hernández titulado «Me sobra corazón». Lucio leyó los primeros versos en voz alta, sentado contra una roca, con el monstruo cerca, agazapado, escuchándolo, como de costumbre. Su voz era calma y firme. Pero luego, el texto lo emocionó. Se interrumpió un segundo, sintiendo cómo se le escapaba una lágrima.

Y en ese momento, Pepe emitió un sonido por primera vez.

Fue un rumor grave y prolongado, como el de un chelo tocado con un arco invisible. Parecía venir o bien de adentro del cuerpo de la criatura, o de debajo de la tierra, o de algún lugar intermedio. Duró apenas unos segundos, y después se apagó.

Lucio se quedó inmóvil, con el libro electrónico abierto sobre las rodillas. Si bien el viento soplaba entre ellos y hacía ondear las hojas azuladas de la vegetación, era como si el mundo se hubiera detenido.

Intentó repetir el estímulo. Leyó otro poema, y otro, y después pasó a Cortázar, a García Márquez, a Cervantes. Pero Pepe nunca más volvió a reaccionar así.

«¿Fue una respuesta a las ondas sonoras? ¿Al ritmo? ¿Se fastidió porque me interrumpí? ¿Reaccionó a mi emoción?» escribió. «No lo sé. Lo que sí sé es que, si le estuviera leyendo a una roca, la roca no haría nada. Y Pepe, a veces, hace algo. Pero no sé si ese algo es pensamiento o reflejo, empatía o tropismo, inteligencia o instinto. Después de quince años, no lo sé.»

Cerró el diario y salió a la llanura. Pepe estaba a su lado. Caminaron juntos, el hombre encorvado y la criatura inmensa, siguiendo el curso del arroyo hasta un promontorio bajo desde donde se veía toda la planicie. Se sentaron los dos ahí, y miraron cómo el cielo volvía a plagarse de fantasmagóricos brillos con la llegada de una nueva aurora. Ocho ojos se deleitaron contemplando una belleza incomparable. Lucio miró el reflejo de las luces en esos diminutos puntos de negrura y se le ocurrió que llevaba años sin sentirse solo.

Nunca lo había dicho en voz alta, pero era la verdad.

•

Cumplió ochenta años sentado contra la pared del módulo, al sol, con una taza de té en las manos temblorosas. La artritis le impedía cerrar los puños. Le dolía todo: las rodillas, la espalda, el cuello. Más de treinta años en un planeta de gravedad ligeramente superior a la terrestre le habían castigado los huesos.

Pepe había cambiado. No físicamente —seguía siendo ese monumento de piel gris, con sus seis patas y sus seis ojos, imperturbable como la geografía—, pero su comportamiento se había transformado con una sutileza que Lucio tardó años en registrar. Ya no se iba. Antes, Pepe aparecía y desaparecía, presumiblemente de vuelta a su cueva. Ahora, permanecía. Dormía a unos metros del módulo. Estaba ahí cuando Lucio se despertaba, y ahí cuando se iba a acostar.

—¿No tenés nada mejor que hacer? —le dijo una mañana.

La respuesta fue el viento.

El accidente cerebrovascular le llegó una tarde, sin aviso. Estaba caminando hacia el arroyo cuando sintió que el lado izquierdo del cuerpo se le apagaba, como si alguien le hubiera desconectado los cables de golpe. Se le trabó la lengua, el brazo le cayó muerto, y la pierna izquierda dejó de responderle. Cayó de costado sobre la hierba azulada. El cielo daba vueltas por encima de él.

No había agentes patógenos que pudieran enfermarlo en aquel planeta —no había bacterias dañinas, no había otros humanos que portaran virus—, pero el cuerpo tiene sus propias formas de fallar. Un coágulo viajó por su torrente sanguíneo hasta un rincón del cerebro, y ahí se quedó.

Oyó la vibración antes de sentirla. Pepe se acercó. El suelo tembló con cada una de sus pisadas. Lucio no podía moverse, no podía hablar. Veía el cielo y, de pronto, la joroba gris de la criatura tapándolo.

Lo que sucedió después, Lucio lo retendría como el recuerdo más nítido de su vida. Una de las enormes almohadillas de Pepe se deslizó debajo de su espalda, y otra debajo de sus piernas, y con un cuidado que parecía imposible para un ser de ese tamaño, la criatura lo levantó del suelo.

No lo llevó al módulo. No hubiera podido entrar: era demasiado grande para pasar por la puerta. Lo llevó a la cueva.

Lo llevó a su cueva.

Lucio sintió cómo el viento cesaba a medida que se internaban en la loma. La luz se fue apagando. El silencio pesado de la caverna lo envolvió como una manta. Pepe descendió la pendiente con la lentitud de quien carga algo infinitamente frágil. Las cuatro patas traseras

avanzaban con una precaución milimétrica, tanteando cada apoyo antes de dar el siguiente paso.

Lo depositó en el suelo de la cámara principal con una delicadeza tal que Lucio apenas sintió el contacto.

Era la primera vez en treinta años que Pepe lo dejaba entrar.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Lucio vio las formas.

Estaban contra las paredes, dispuestas en lo que parecía un semicírculo deliberado. Eran cuerpos. Seis, siete, quizás ocho, era difícil distinguir dónde terminaba uno y empezaba otro. Eran del mismo tamaño y la misma forma que Pepe, pero secos, momificados, reducidos a cáscaras grises que el tiempo había vaciado. Las patas estaban plegadas debajo de los cuerpos, y las jorobas, hundidas. Los ojos —los seis ojos— se les habían apagado.

«Está solo», pensó Lucio. El pensamiento le llegó con la fuerza de una revelación, aunque en el fondo siempre lo había sabido. «Es el último. Estos son los demás. Y los conserva aquí.»

Un cementerio. La cueva era su hogar, pero también un cementerio.

Y Pepe lo había traído ahí.



Los días siguientes fueron lentos y quietos. Lucio recuperó algo de movilidad en el lado derecho del cuerpo, lo suficiente como para sentarse y beber agua de un charco que filtraba por la roca. Pero el lado izquierdo estaba muerto. Sabía lo que eso significaba. Sin medicación, sin tratamiento, sin nadie que pudiera ayudarlo, era cuestión de días. Quizás horas.

Pepe no se movió de su lado. La vibración que emanaba de su cuerpo era constante, más intensa que nunca: un rumor grave que

Lucio sentía en el esternón, en los huesos de la cara, en los dientes. No era un sonido. Era algo que se transmitía por el contacto con la roca, como si la cueva entera resonara.

Se parecía a un llanto sin lágrimas.

En la penumbra, rodeado de los restos de aquellos otros seres que alguna vez habían acompañado a Pepe, Lucio comprendió algo que había estado esquivando durante tres décadas. La criatura no traía piedras brillantes por instinto. No esperaba junto al módulo por costumbre. No había golpeado el suelo de la cueva, aquel primer día, porque quisiera atacarlo, sino porque aquel era el lugar donde descansaban sus muertos, y no quería que un extraño lo profanara.

Y ahora lo había traído ahí. Al único lugar al que no lo había dejado entrar. Al lugar más sagrado que tenía.

—Pepe, perdón. Creo que ya lo sabés, ¿no? No me queda mucho.

La vibración cesó. Lucio estuvo seguro de que lo comprendía.

—¿No tenés a dónde ir? ¿No habrá otra cueva, con otros monstruos en algún lado? No quiero que te quedes solo —dijo Lucio. La voz le salió quebrada, pastosa, casi irreconocible.

La criatura se movió con una lentitud reverencial. Salió de la cueva, lentamente. Lucio escuchó el retumbar de sus pisadas alejándose, y después, nada. Sólo el silencio de la caverna, y el eco lejano del viento en la boca de la entrada.

Pasado un tiempo largo, sintió con vergüenza que la angustia venía a anidarse en su pecho porque se le ocurrió la odiosa idea de que Pepe no iba a volver. Pensó que, quizás, era así como terminaba todo: solo, en una cueva oscura, a millones de años luz de cualquier otro ser humano.

Pero las pisadas volvieron y a él se le escapó otra lágrima, pero de alegría.

Pepe se materializó en la penumbra cargando algo entre las dos patas delanteras. Lo depositó junto a Lucio con la misma delicadeza con que lo había depositado a él.

Era el lector de libros.

Lo había sacado del módulo. Había entrado, de alguna forma —tal vez había roto la puerta, o arrancado la pared, Lucio nunca lo sabría—, había encontrado el aparato, y se lo había traído.

Lucio lo tomó con la mano derecha. La pantalla estaba encendida. En la parte superior se leía: «Me sobra corazón» y debajo el nombre del autor, Miguel Hernández. El hombre sintió que el alma se le caía a los pies. Recordaba perfectamente que el libro que él tenía abierto era otro, uno de Isaac Asimov.

Pepe ignoró su perplejidad. Inclinó su joroba hasta que los seis ojos quedaron a la altura del rostro de Lucio. Luego, una de las patas delanteras golpeó suavemente el suelo, una sola vez, junto al lector. Ni hizo falta nada más.

Lucio recogió el aparato. Le temblaba la mano. Le costaba enfocar las letras. Sentía que la mitad de su cuerpo ya no existía, y que la otra mitad se apagaba. Pero su voz, aunque débil, resonó en el vacío de la cueva.

—Hoy estoy sin saber yo no sé cómo...

La vibración volvió. Llenó la cueva. Las paredes resonaban, y los cuerpos antiguos de los muertos parecían vibrar también, como si la caverna entera fuera un instrumento y Pepe estuviera tocándolo con la ayuda de sus difuntos.

Lucio siguió leyendo. Leyó cada verso con lo que le quedaba de aliento, y entre verso y verso cerraba los ojos y descansaba unos segundos, y después los abría y seguía. Pepe no se movió. La vibración no cesó.

Cuando llegó al último verso, Lucio ya casi no veía. Las letras se le habían vuelto borrosas, y la cueva parecía oscurecerse. Bajó la mano, y terminó de recitar el poema de memoria.

Lo último que pensó no fue en la Tierra, ni en su perro, ni en la vida que había dejado atrás. Lo último que pensó fue en Pepe. En que se iba a quedar solo, en esa cueva, con sus muertos y con él. En que iba a salir todas las mañanas a la llanura y el viento le iba a golpear esa piel que parecía roca y no lo era, y no iba a haber nadie ahí para hablarle, ni para leerle, ni para reírse cuando le pisara los tomates.

—Perdoname —dijo, o creyó decir.

Después, exhaló lento, por última vez.

Afuera, el viento siguió soplando sobre la llanura con la constancia de siempre. Adentro de la cueva, la vibración continuó durante horas, grave y sostenida, hasta que, lentamente, se fue apagando.

La siguiente vez que el cielo se encendió de luces, ningún ojo lo miró.

Sobre el autor



Hay, por las pampas argentinas, en una ciudad que cuelga al borde del mar, un hombre al que le encanta contar historias. Algunas son ingenuas e inocentes como los sueños de un enamorado; otras, tienen esa cualidad terrorífica que caracteriza incluso a las peores pesadillas; las más, son historias nacidas del raciocinio y el análisis objetivo de un problema narrativo concreto. Es que, como sus personajes, este hombre es a la vez muchos hombres; un reflejo acrisolado de su contexto: su familia, sus amigos que partieron hace tiempo, su ciudad con alma de pueblo y su país de alma vaga e incumplidos delirios de grandeza. De él sólo podemos decir esto: quizás el hombre no sepa cómo realizar las tareas más mundanas, o cuál es la diferencia entre un cumplido y una declaración de amor encubierta; pero, lo que sí es seguro, es que siempre tendrá por allí alguna historia nueva que contar. Es que, para él, contar historias es casi tan fácil como caminar. Casi como si, en el

intrincado e incomprensible laberinto de sus sendas mentales, ambas cosas fueran prácticamente lo mismo.

Pablo Jacobo es escritor. Nació en el año 1983, apenas unos meses antes de que Alfonsín se sentara en el sillón de Rivadavia. Es oriundo de Mar del Plata, Argentina. Ha escrito infinidad de cuentos cortos, muchos de los cuales aún esperan que los saquen de un cajón y puedan ver la luz.

Se formó como director de cine, estuvo al frente del MARFICI (el Festival Internacional de Cine Independiente de Mar del Plata) y fue Director General en la Secretaría de Cultura del Partido de General Pueyrredón.

Recientemente, su relato breve titulado «El Mate» fue seleccionado como uno de los cuentos finalistas del concurso Con Cierta Memoria 2.

Encuentra más de estas historias en rakont.com